

Los Labdácidas

La familia de Edipo o el lugar de cada uno en la familia.

Martha Goldin

Edipo nace a pesar de la prohibición de Apolo a Layo (no engendrarás, no tendrás descendencia); nos encontramos ya con el deseo de los padres (la transgresión).

Edipo es fruto de una transgresión. Hay que negarlo, hay que desaparecerlo. Hay que matarlo. Filicidio, parricidio. Danza fanática en la que se desarrollará la historia. Edipo, carente de amor, hará de su vida un acto de ira y violencia. Creonte, su tío y cuñado, se lo señala en Edipo en Colono, continuación de la tragedia Edipo Rey.

Esta se desarrolla en Colono, aldea próxima a Atenas, donde encontramos a Edipo, ya anciano, y a su hija mayor Antígona, pidiendo asilo. Hasta allí llega, buscándolos, Ismena, la hija menor. Ella trae noticias de Tebas. Reina la discordia entre los hijos de Edipo. El menor, Etéocles, ha usurpado el trono. Polinices, el mayor, se dispone a entrar en Tebas a sangre y fuego con ejércitos extranjeros. Cuenta Ismena que el oráculo de Apolo ha profetizado que “el pueblo que tenga en su suelo los restos mortales de Edipo, vencerá a sus enemigos” (aquellos que sepulten a Edipo saldrán victoriosos). Los hijos de Edipo quieren recuperar a su padre.

- En ti – señala Ismena – dicen que estriba la fuerza de ellos.

Nuevamente Edipo los maldice, maldice su simiente masculina, los condena a matarse, los condena a morir.

“Pues ojalá que los dioses nunca extingan la fatal discordia que hay entre los dos y que de mí dependa el fin de la guerra para los que se preparan y levantan lanzas.

Porque ni el que ahora tienen el cetro y ocupa el trono, podrá mantenerse en él, ni el que ha salido de Tebas volvería a entrar en ella. Esos que a mí, al padre que los ha engendrado, viéndome tan ignominiosamente echado de la patria, ni me recogieron ni me

defendieron, sino que ellos mismos me expulsaron y decretaron mi destierro.”

No hay perdón para los hijos de Edipo. Sólo el odio “enceguecedor”. Aquí resulta interesante recordar una anécdota que narra Cicerón sobre un episodio en la vida de Sófocles:

“Sófocles componía tragedias, aunque era ya de mucha edad. El cual, pareciendo que entregado enteramente al estudio descuidaba de su hacienda, fue llamado a juicio por sus propios hijos, para que los jueces le retirasen, como chocho, del manejo de ella, como se suele hacer, según nuestras costumbres, con los padres que no administran bien. Entonces dicen que el viejo leyó a los jueces aquella fábula Edipo en Colona, que tenía entre manos y acababa de escribir, y les preguntó si aquella era obra de un viejo ya chocho, y habiéndola leído se le dio por libre por parecer de todos”

Retomando la obra y dejando atrás, si es posible, al escritor y sus fantasmas, será Polinices quien llegue hasta su padre:

“Desdichas que yo, infeliz de mí, demasiado tarde advierto, a la vez que me confieso por el más perdido de los hombres, que vengo a proveer a tus necesidades que las mías, no de otros, vas a saberlas, sino de mí. Pero, puesto que junto a Júpiter se sienta Clemencia en el mismo trono, en todos los procesos, que te asista también a ti ¡Oh, padre!, pues contra mis pecados remedios hay, aunque borrarlos no es posible ya. ¿Por qué callas? Dime ¡Oh, padre! algo. ¿No me responderás nada?”.

Polinices pide a su padre la palabra que sea el decir de la Ley, su reconocimiento, aquello que le permitiría inscribirse en el discurso de las generaciones, en el linaje.

¿Qué significa esta Ley?

El niño acepta la Ley. ante todo la del padre, en la medida en que su palabra es retomada en el discurso de la madre y en que esta misma se somete a su Ley. Pero para que el varón deje de temer la Ley del padre

y deje de ser “mujer” en su presencia es necesario que el padre se humanice.

Según Lacan hay tres tiempos en el Edipo:

1. Tiempo - El hijo está sujetado al deseo de la madre.
2. Tiempo - Encuentra la temible Ley del padre. Esta ley priva al niño del objeto de su deseo y a la madre del objeto fálico. Ingresan ambos en la Ley (para el hijo “no te acostarás con tu madre”, para la madre “no reintegrarás tu producto”)
3. Tiempo- El padre se humaniza. Se convierte en permisivo y donador (dona al hijo el pene por medio de la identificación que constituye el Ideal del Yo)

Es en búsqueda de la Ley que Polinices pide a su padre “recibir la herencia” para acceder a su vez a la paternidad (el trono).

Habría posiblemente dos tipos de herencia: la biológica (que tiene que ver con la procreación) y la cultural. Recibir la herencia se relaciona con la palabra recibida del padre y para la cual es necesario reconocer una deuda de gratitud con él. Esta deuda de gratitud permitiría a Polinices acceder a la herencia del padre.

¿Qué respuesta recibe Polinices?

La ira impide a Edipo escuchar la demanda del hijo.

Edipo no puede ser padre humanizado, clemente, pues él no ha recibido esa Ley en la palabra de su padre, Layo.

Es en la etapa fálica que aparece en el varón el deseo de ser padre. Finalizada la pubertad y consolidado el Superyo, aquel deseo se fortalece con el afianzamiento de la posición masculina.

¿Qué efectos produce la paternidad?

¿Y si en las vicisitudes y piruetas del deseo reencuentra al padre en el hijo y la rivalidad se articula nuevamente?

¿Puede Edipo ser padre?

En la búsqueda de Polinices hay un intento desesperado de ubicarse en un lugar, el lugar del primogénito varón (no olvidemos el valor simbólico que éste tiene).

Eteocles, el hermano menor, cuestiona ese lugar. Lo usurpa. Antígona, hermana e hija, también ocupa el lugar de Yocasta, lugar de la madre. A la muerte de Edipo su amor se desplaza a Polinices, quien al despedirse para correr a cumplir con su destino (matar al hermano y

morir a manos de aquel), le suplica se haga cargo de su sepultura. Y en ese compromiso, en ese himeneo final de la tragedia, en ese encuentro casi ritual con la muerte, Antígona se asume Yocasta y se ahorca.

Hemón, su primo y prometido, hijo de su tío Creonte, “enceguecido” de dolor, intenta matar a su padre (¿intento de amarla a través de Edipo?) y se suicida.

¿Qué pasa con Ismena? ¿Por qué ella no participa de ese entrampamiento de pasiones donde el amor y la muerte se conjugan?

Ismena es la única que ocupa un lugar preciso. Es sólo la hija menor. Y mientras toda la familia se debate en el incesto, ella, lloroso testigo de la tragedia, permanece en ese lugar que nadie ha cuestionado.

¿Testigo o sombra?

Quizás, en algún momento, mensajera de un Apolo casi carnal que maneja los destinos de estos seres míticos, esos que habitan fantasmáticamente en cada uno de nosotros.

Autores consultados:

Jaques Lacan

Gnnie y Paul Lemoine

Antonio Mainier (Deuda, herencia y paternidad)

Rev. Argentina de Psicología N° 35

-Publicado en la revista de psicología “Escritos”, Lima, Perú (oct/86) -